

EL LIBRO Y LA EDUCACION

Por ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL

EXISTEN entre las dependencias del gobierno un Comité de la Campaña de Construcción de Escuelas y una comisión especial encargada de fomentar y sostener la campaña contra el analfabetismo. Las dos al comenzar este año han declarado sus respectivas realizaciones y programas, muy optimistas: algunos miles de mexicanos alfabetizados, otros más que conocerán las letras, y bastantes más locales para escuelas, en el Distrito Federal y en el interior del país; quinientos nuevos centros de enseñanza colectiva, con capacidad para veinticinco mil iletrados, y otros cientos más de escuelas primarias.

Todo ello es plausible, muy digno de encomio por ser buena prueba de este programa alemanista que se viene aplicando en beneficio de México. Pero viene a la imaginación, así de pronto, lo que podrán hacer esos millares de hombres alfabetizados cuando, ya ansiosos de conocer, no encuentren tan fácilmente los libros de lectura que requieren. El problema es de auténtica gravedad, porque se perderá o se extraviará el esfuerzo consagrado a salvar a esos hombres.

La cuestión debe radicarse en torno a la trascendente responsabilidad del libro, relacionándolo con los demás problemas de México que, en no pequeña parte, se han condicionado por la falta del libro o la presencia del mal libro. El hombre, o no lee por carencia de qué leer, o lee lo que otros le entregan no siempre con saludable intención y buen espíritu. Es decir, o permanece iletrado, o cae en vicios de lectura, en lecturas perniciosas; es o matarlo de hambre o envenenarlo. Así ha sido, hasta la Revolución. Y aún ahora, a muchos años de los primeros movimientos de rebeldía y a bastantes años del programa elaborado en Querétaro, abundan en los centros obreros, en las oficinas, y hasta en la escuela y no digamos en la política, miembros de esta sociedad revolucionaria o rezagos de esa parte francamente conservadora, que posiblemente nunca hayan visto ninguna relación conveniente entre su propia existencia y los libros.

Sin embargo, no puede negarse que México parece comenzar a interesarse realmente por los libros, por el libro como instrumento de penetración. Seguramente es la reacción natural de los gobiernos revolucionarios, frente al complejo problema humano y político, económico y social, que México se ve en la necesidad de desbrozar como si quisiera aglutinar sistemas, recursos y hombres más

cabalmente.

Claro está, el libro nos llama a profundizar este mundo en oscilación perenne, sujeto a un proceso dialéctico y a una trama de relaciones económicas y jurídicas que repercuten en el orden del espíritu y en el de la sociedad. Que el libro sea el centro de gravedad de este mundo, ya no parece tan absurdo o dudoso. Que corresponda a la verdadera representación humana y a una necesidad de expresión y de conocimiento, ya parece aceptarse como su condición precisa. Y que lo sea, como índice de época, de normas o de regiones, no sólo por su interior que da el nivel de la cultura sino por su ornamento, por su exterior, por sus elementos tipográficos, viene a ser en rigor el secreto de su perennidad.

Una selección de esta particular categoría de hombres que pusieron su vida en el amor a los libros, nos daría en México algunos nombres muy dignos de respeto y homenaje: desde Vicente de P. Andrade hasta Enrique Fernández Ledesma, y entre ellos, Joaquín García Icazbalceta, José María de Agreda y Sánchez, José Fernando Ramírez, Beristáin, Eguiara y Egurón, Agüeros. A la luz de estos hombres se ha aprendido a reconocer en la biblioteca la mejor acumulación de bienes.

Es real, rigurosamente válido, el criterio que ve todo cumplido en el libro puesto todo está en él, la naturaleza, el universo, el hombre, la idea, el espíritu. Nos da la más correcta ubicación de los valores vitales, la medida de las posibilidades y la marcha de la vida. Dichoso aquel país—dijo una vez Alfonso Reyes—donde la lectura es un hábito general y supera, por abundante, a la facultad adquisitiva de libros. No hay linderos en este camino. Bibliotecas circulantes, librerías para prestar libros, gabinetes de lectura; esto es, el libro como arma y defensa del hombre, su alimento natural. Tal es la cuestión. Considérese que el libro, además, reúne dos condiciones importantes: la creación del espíritu, o sea el autor, y la producción industrial, o sea el editor, que deben crecer paralelamente. Hoy el autor está en el desamparo y el editor se ha enriquecido. El libro sale muy caro. El hombre recién alfabetizado no encuentra qué leer. ¿No reclama esto una atención inmediata? Recuérdese que la cultura no es sólo cuestión de conocimientos sino también de ética.

MEXICO, D. F., ENERO 1953.